



co VI, que nunca fué más que un niño y que no tuvo en los dos años de su reinado más que el vano nombre de rey, lleva, sin embargo, los títulos soberbios de Dios, de Baco y de Epifanes. Por último, Demetrio III, que no poseía más que una mitad de la Siria y que murió prisionero entre los partos, lleva, sin embargo,

en sus medallas los magníficos nombres del Afortunado, de Dios, de Salvador, de Gran vencedor y de Bienhechor. Cuanto más incapaces y de ninguna importancia y mérito eran estos reyes, más y más grandes títulos se atribuían.

II

Beneficios de la dominacion griega en Africa y en Asia.—Alejandro en Jerusalem.—Los judios en el mundo griego.—La version de los Setenta y su aniversario.—Ptolomeo Filopator.—Sus guerras, su sacrilegio y su castigo.—Su furor contra los judios.—Ptolomeo Epifanes.—Proteccion que concede á los judios.—Sus derrotas y su muerte.—Seleuco Filopator.—Aristóbulo.—Templo del verdadero Dios en Egipto.

Uno de los beneficios que produjo la dominacion griega en Egipto y en Asia fué el naturalizar allí la lengua, las ciencias y las artes de los griegos. El Africa, el Asia y la Europa, comenzaron por hablar una lengua comun. La comunicacion y comparacion de las ideas y doctrinas se hacian más fáciles, así como tambien se facilitaban las relaciones de comercio. El Oriente y el Occidente se estaban preparando para no constituir más que uno. Los reyes del Egipto, sobre todo, secundaron esta tendencia de los sucesos á una especie de comunidad universal. Alejandria, su capital, era el centro del comercio del Asia y de Europa; allí afluan de todas las partes del mundo. Los primeros Ptolomeos establecieron allí una biblioteca, que pronto fué la más famosa del universo; allí reunieron, en fuerza de cuantiosos gastos, las obras de todas las literaturas conocidas. Hicieron más todavía: consagraron una parte de su palacio á lo que llamaron Museo, para que sirviera de habitacion á un cierto número de hombres letrados, sábios y filósofos que no tenían otra ocupacion que entregarse de lleno al estudio de las ciencias, dando lecciones á aquellos que se llegaban á oírles.

Este Museo real tenia sus rentas particulares para la conservacion del edificio y de las personas que le habitaban. El hombre que parece haber inspirado á los reyes de Egipto la idea de una tan magnífica institucion fué un célebre ateniense, Demetrio Falereo. Filósofo, orador, hombre de Estado y discípulo de Teofrasto, que alcanzó por su elocuencia y sabiduría de sus costumbres tan grande fama en Atenas, que fué elegido arconte decenal el año 317 antes de Jesucristo. Empleó sus muchos bienes en el embellecimiento de la ciudad. Los atenienses, encantados de su munificencia, levantaron en su honor trescientas sesenta estatuas de bronce.

Hacia diez años que estaba al frente de los negocios públicos, cuando sus enemigos promovieron contra él una rebelion, le hicieron condenar á muerte y derribaron todas sus estatuas. Pudo escapar y refugiarse en Egipto, donde fué muy bien recibido por Ptolomeo Lago, acogiéndole bajo el amparo de la más íntima confianza. Demetrio enriqueció con doscientos mil volúmenes y manuscritos la biblioteca de Alejandria, y él fué considerado como el primer bibliotecario.

Entre los sábios y literatos que dió el museo alejandrino son los más célebres: del tercer siglo antes de Jesucristo, el matemático Euclides, cuyos elementos de geometría aún se conservan; el poeta Teócrito, del que tambien se conservan los idilios; el poeta Arato, que describió en verso los fenómenos del cielo, y de quien San Pablo cita un pasaje en su discurso del Areópago de Atenas; el poeta Calímaco, y Zoilo, gran crítico de Homero: del segundo siglo, Eratóstenes, á la vez gramático, filósofo, poeta y matemático; Hiparco, el astrónomo más célebre de la antigüedad, el primero que despues de Tales calculó con precision los eclipses; Aristarco, crítico de Homero, de Píndaro y de Arato: del primer siglo, el filósofo Aristóbulo, el geógrafo Estrabon y el astrónomo Sosígenes, que ayudó á Julio César en la reforma del calendario: de los dos siglos siguientes, el filósofo Filon, el historiador Apiano, el astrónomo y geógrafo Ptolomeo, el matemático Diofanto, inventor del álgebra, y el gramático Ateneo. El ejemplo de los reyes del Egipto excitó la emulacion de los reyes de Pérgamo. Atalo I estableció en Pérgamo una biblioteca tambien famosa y un museo. Los Ptolomeos tuvieron envidia.

Como el *papyrus* ó papel vegetal, sobre el cual trascribian los libros, no crecía más que en el limo del Nilo, prohibieron su exportacion. Pero Eumeno, rey de Pérgamo, descubrió el medio de fabricar el papel de piel, conocido despues con el nombre de papel de Pérgamo ó pergamino.

Sin embargo, la filosofía griega se gastaba más que nunca en vanas sutilezas. Un filósofo del museo alejandrino, llamado Diodoro, murió de pesar porque no supo contestar en seguida á los sofismas de otro filósofo llamado Estilpon. La sabiduría humana iba á espirar en el vacío, cuando la sabiduría divina dió paso hasta ella de algunos de sus rayos. En el museo mismo de Alejandria, la filosofía de los griegos hizo alianza con la filosofía de los hebreos. Había más de cincuenta mil judios establecidos en aquella ciudad con título de ciudadanía. Los más célebres filósofos de su escuela fueron dos judios, Aristóbulo y Filon. Sin ir á Egipto, el filósofo Teofrasto, contemporáneo de Alejandro, discípulo, como él, de Aristóteles, y además sucesor suyo, tenía formada de los judios una idea muy elevada. De ellos decía que





eran un pueblo de filósofos, que no se complacía más que en la contemplación de la divinidad. El filósofo Porfiro es quien nos da estos datos (1).

Este pueblo había sido por lo general muy feliz y tranquilo bajo el imperio de los reyes de Persia. Estos reyes, que destruían los templos de los ídolos en el Egipto y en la Grecia, habían reedificado el templo del verdadero Dios en Jerusalén. Ciro ordenó su reconstrucción; Darío, hijo de Histaspes, le hizo concluir. Artajerjes Longimano hizo reedificar las murallas de la Ciudad Santa. Estos tres monarcas, los más célebres que tuvieron los persas, hacían ofrecer en este templo sacrificios para ellos y para sus hijos. También los judíos les fueron fieles.

Alejandro parece que conoció á los judíos antes de ir á su país. Después de la batalla del Gránico, permitió á todos los de su ejército que se habían casado aquel año, volver á Macedonia para pasar el invierno con sus mujeres, con la condición de volver en la primavera. Esta práctica, llena de humanidad, estaba prescrita en la ley de Moisés (2).

Y como no se halla en ningún otro pueblo del mundo, es de creer que Aristóteles aprendió del judío, con quien tuvo largas y doctas conversaciones en Asia, y que hallándola muy justa, se la aconsejó á su discípulo (3).

Tiro, que fué sitiada por el conquistador durante siete meses, y Gaza, á la que también sitió por espacio de tres, están en las dos extremidades de la Judea. Imposible parece que durante estos nueve meses que acampó entre los judíos, no los conociera particularmente, así como también su religión. Imposible parece asimismo que los judíos no reconociesen en él al conquistador griego, anunciado por Daniel, y que no se aprovecharan de esta circunstancia para hacerse favorable. Lo que cuenta Josefo, historiador judío, es muy natural, salvo algunos accesos. Estando Alejandro en el sitio de Tiro, mandó á pedir al gran sacerdote de los judíos tres cosas: tropas auxiliares, viveres para su ejército, y por último, todos los servicios que daban antes á Darío, asegurándole que si lo hacía así, no se arrepentiría nunca de haberlo hecho. Como el país de Tiro, y en general toda la Fenicia, ocupada entonces únicamente en el comercio, y no en la agricultura, sacaba sus subsistencias de la Palestina, se concibe que Alejandro enviase á aquel país á pedir con que suministrar su ejército. El gran sacerdote contestó diciendo que los judíos habían prometido á Darío, bajo juramento, no hacer armas contra él, y que no podían faltarle mientras viviera. Irritado Alejandro con esta respuesta, le amenazó con ir él allá, después de la toma de Tiro, para hacer comprender á todos á quién se debía prestar juramento.

Hasta parece que no esperó á tomar la ciudad para realizar esta amenaza. Arriano nos

(1) Porfiro. *De abstinentia*, lib. 2, pár. 26; lib. 4, p. 11.

(2) Deut., 24, 3.

(3) Josefo, *Cont. Apion.*

enseña que durante el sitio hizo una expedición al Libano y contra los árabes, y que sometió por grado ó por fuerza en el espacio de once días. Es muy posible que fuera á sorprender á Jerusalén en esta excursión ó en otra análoga, que pudo hacer durante los siete meses que estuvo delante de Tiro.

Á la noticia de que el conquistador avanzaba hacia la Ciudad Santa, el gran sacerdote Jaddo, pues tal era su nombre, se sobrecogió de espanto. Ordenó oraciones públicas para implorar la asistencia del cielo. Una visión divina le confortó la noche siguiente. Dispuso que las calles se cubrieran con rosas, y abrieron las puertas de la ciudad, y el pueblo, vestido de blanco como en los grandes días festivos, se adelantó con toda pompa religiosa, seguido de los sacerdotes, que iban con los ornamentos sagrados, y también del gran sacerdote, que asimismo iba con su majestuoso vestido, con tiara á la cabeza y una placa de oro, en la que estaba grabado el nombre del Eterno. Á la vista de esta santa ceremonia quedó admirado Alejandro, y cuando vió al gran sacerdote con el nombre de Dios sobre la tiara, se aproximó él solo, adoró el Nombre, y saludó al gran sacerdote. Los judíos prorumpían en grandes aclamaciones de alegría, y los extranjeros estaban admirados contemplando aquella escena. Parmenion, uno de los generales de Alejandro, le preguntó cómo él, que era adorado de los demás, adoraba en esta ocasión al gran sacerdote de los judíos. Alejandro le respondió: «Yo no he adorado al gran sacerdote, sino que he adorado á Dios, cuyo pontífice es el sacerdote.»

«Cuando estaba en Macedonia deliberando cómo podría conquistar el Asia, se me apareció en sueños con este mismo traje, y me exhortó á que no temiera nada, diciéndome pasara sin cuidado el Helesponto, y me aseguró que él iría á la cabeza de mi ejército, y haría que yo conquistara el imperio de los persas. Por lo que, y no habiendo visto nunca á nadie que fuera revestido con análogo traje, no puedo dudar que he emprendido esta guerra bajo la protección del cielo, y que venceré así á Darío, destruiré el imperio de los persas, y en todo saldré airoso con mis deseos.» Así hablando, dió amigablemente la mano al gran pontífice y demás sacerdotes, se adelantó con ellos hasta Jerusalén y el templo, donde ofreció sacrificios á Dios del modo que le había prescrito el gran sacerdote. El pontífice le enseñó después el libro de Daniel, en el que estaba escrito que un príncipe griego destruiría el imperio de los persas, añadiendo que él no dudaba se tratara de Alejandro en aquella profecía. Entonces éste le dió pruebas de extremada alegría, hizo reunir al pueblo al día siguiente, y le preguntó qué gracias deseaba alcanzar. El pontífice le pidió que les fuera permitido vivir según la ley de sus padres, y que estuvieran exentos de tributo el sétimo año, ó el año sabático, á todo lo cual accedió gustoso Alejandro. Le suplicaron también que usara de la misma clemencia con sus hermanos, que estaban en Babilonia y en la Media; así se lo prometió, y les dijo además que si alguno quería servir en sus



ejércitos, le permitiría vivir según su religión, y que podrían observar todas sus costumbres. Muchos fueron los que se alistaron.

Los samaritanos, viendo con qué dulzura había tratado Alejandro á los judíos de Jerusalén, se acercaron también á él para suplicarle hiciera con ellos y con su ciudad y templo la misma gracia. Era el templo de la montaña de Gafizim, edificado aparentemente bajo Darío Noto, al que confundió Josefo con Darío Codomano. Alejandro respondió que iría á verlos á su vuelta del Egipto. Entonces le pidieron quedar exentos de tributo el sétimo año. Los samaritanos eran una mezcla de colonias asiáticas y de judíos, frecuentemente apóstatas. Cuando los negocios de los judíos marchaban bien, se hacían tener por judíos; cuando marchaban mal, sucedía lo contrario. Alejandro les preguntó de qué nación eran, y ellos respondieron diciendo que hebreos. Pero interpelados si eran judíos, no se atrevieron á decir que sí, y por esto Alejandro suspendió el exámen de su negocio para otra vez. No obstante, se llevó consigo á Egipto los ocho mil hombres que le habían enviado á Tiro, y les estableció en las guarniciones de la Tebaida, en donde les dió tierras (1).

Tal es, en sustancia, la relación histórica de Josefo.

Hay algunas circunstancias secundarias que ofrecen dificultad, pero el mayor número tienen explicación. Dice, por ejemplo, que Alejandro iba acompañado no sólo de fenicios, sino también de caldeos. Y sin embargo, la Caldea estaba todavía en poder de los persas; pero como había hecho multitud de prisioneros en el paso del Gránico, y sobre todo, en la batalla de Iso, podía tener en virtud de esto en su poder algunos señores persas ó caldeos. Hállase también una dificultad en las palabras de Parmenion. ¿Cómo vos que sois adorado de los demás adoráis también al gran sacerdote? Alejandro, según se cree, no exigió esta especie de homenaje hasta después de haber llegado á Babilonia. Es verdad que entonces no la exigió tampoco más que á los macedonios; pero no impidió en esto á los sirios, judíos y demás asiáticos siguieran sus antiguas costumbres, que consistían en prosternarse delante de sus reyes, y esto es lo que se llamaba adorar. Jacob adoró siete veces á su hermano Esaú cuando fué á su encuentro para apaciguar su cólera. No hay duda que en caso análogo se prosternó ante Alejandro todo el pueblo de Jerusalén, y de esto es de lo que habría querido hablar Parmenion. También se dice que Alejandro no quería en su ejército más que griegos; sin embargo, Josefo le atribuye alistamientos de samaritanos y de judíos. Pero vemos en Arriano que los reyes de Arad, de Biblos y de Sidon le llevaron al sitio de Tiro ochenta naves, y los reyes de Chipre ciento veinte (2). Quanto Curcio nos enseña que después de la toma de Gaza, mandó hacer nuevas levadas en Macedonia, porque sus mismas victorias agotaban sus

fuerzas y tenía menos confianza en los soldados que sacaba de las naciones vencidas, que en los de su propia nación (1). Tenía, pues, soldados que no eran griegos, pero no esperaba de ellos la victoria; él los mandaba de guarnición á lejanas tierras, como hizo con los samaritanos que los mandó al interior de la Tebaida. También se encuentra bastante extraño que los judíos de Jerusalén le suplicaran que tratara igualmente con bondad á los judíos de Babilonia y de la Media.

¿Pero qué hay de extraño en que un pueblo que sabe por sus profetas que el conquistador á quien habla debe apoderarse de toda el Asia, le pida que trate favorablemente á sus compatriotas?

En cuanto á que el historiador hace ir á Alejandro desde Gaza á Jerusalén, es sin duda un error; porque para ir de Tiro á Gaza le fué necesario atravesar la Judea, y no hubiera dejado detrás de sí una ciudad tan fuerte como Jerusalén, si esta no hubiera querido someterse. Además, Arriano dice que cuando él marchó de Tiro á Gaza, toda la Palestina estaba ya sometida (2).

Mientras Alejandro estaba en Egipto, los samaritanos se amotinaron contra el gobernador que él había dejado en la Siria y le quemaron vivo, aprovechándose de un viaje que hizo á este país. Alejandro castigó á los asesinos con la última pena, pobló á Samaria con una colonia de macedonios y dió el resto de las tierras á los judíos (3).

Á su regreso de la India quiso hacer de Babilonia la capital de todos sus estados. Para su embellecimiento restableció el templo de Belo, que Jerjes había destruido. Diez mil hombres trabajaban diariamente en retirar los escombros. Cuando llegaron los judíos de su ejército á aquella ciudad, no pudo conseguir que cooperaran á los trabajos del templo, porque se trataba de edificar un ídolo. En vano empleó la violencia y los castigos. Alejandro no pudo menos de admirar su constancia, y los despidió mandándolos á su país (4).

Á la muerte del conquistador, uno de sus capitanes, Laomedon, era gobernador de la Siria. Tolomeo Lago, que deseaba se uniese la Siria con el Egipto, no pudiendo ganar la voluntad de Laomedonte, le declaró la guerra y le hizo prisionero. Sólo Jerusalén resistía entonces. Como la ciudad era muy fuerte, el sitio tenía que ser muy largo, cuando Ptolomeo recordó que los judíos no podían tomar las armas el sábado. Utilizó esta circunstancia para hacerse dueño de la plaza, según dice el historiador griego Agatárquides. El historiador judío cuenta el asunto de un modo diferente. Según él, Ptolomeo llegó á Jerusalén en sábado, con el pretexto de ofrecer sacrificios; como los judíos no desconfiaban de él, y además este día estaba consagrado entre ellos al descanso, le reci-

(1) Q. C., 1, 4, c. VI.

(2) Arriano, 1, 2, c. XXV.

(3) Q. C., 1, IV, c. VIII. Eusebio, *crónica*; II, Josefo *Cont. Apion.*

(4) Josefo *Cont. Apion*, I, I.

(1) Josefo, *Ant.*, lib. 11, cap. 8.

(2) Arriano, 1, 2, c. XX.





bieron sin dificultad (1). Dueño ya así de la ciudad, la trató con todo rigor, pues se llevó del país al Egipto más de cien mil cautivos; pero en lo sucesivo, considerando con qué fidelidad habían guardado los juramentos prestados á sus antiguos soberanos, los juzgó dignos de su confianza. Escogió entre ellos unos treinta mil, á los que confió la guardia de sus plazas más importantes, y les confirmó á todos el derecho de ciudadanos de Alejandría, que ya les había concedido el mismo Alejandro. Las cartas de estos dos soberanos que se escribieron con este motivo, existían todavía en tiempo del historiador Josefo (2). Ptolomeo, despues de conquistar la Libia y la Cirenaica, estableció allí igualmente un gran número de judíos. De estos proceden los judíos cireneos, entre otros Jason, que escribió la historia de los macabeos en cinco libros, de los cuales el segundo es un compendio, y Simon que llevó la cruz del Salvador.

La dulzura con que Ptolomeo trató á los judíos que se había llevado por fuerza, dió motivos para que más tarde otros le siguieran á Egipto espontáneamente. Entre ellos había un hombre distinguido por su mérito, cómo también por su nacimiento, el sacerdote Ezequías. El historiador Hecateo de Abdera, hablaba de él en su historia como de un hombre muy distinguido en su nación, muy elocuente, y tan hábil, que nadie le superaba en la experiencia de los negocios más importantes. Añadía que habiendo hecho conocimiento con él, tuvieron un gran número de conversaciones en las que aprendió de él la religión, el gobierno y las costumbres de los judíos. Ezequías tenía todo esto por escrito; era, sin duda, la ley de Moisés. Este Hecateo era de Abdera, ciudad griega de la Tracia. Había sido educado con Alejandro, y le había seguido en sus expediciones. A su muerte, se puso bajo la protección de Ptolomeo y le siguió al Egipto. Allí, con los frecuentes tratos que tuvo con el sábio sacerdote y con otros de la misma nación, se instruyó bien á fondo en sus leyes, en sus costumbres y en su culto, y compuso una historia de los judíos, desde Abraham hasta su tiempo. Esta historia era muy exacta, y Josefo la cita con frecuencia. Hecateo refiere en ella este hecho entre otros:

«Yendo un día hácia el Mar Rojo, se encontró entre los caballeros de nuestra escolta un judío llamado Mosolam, hombre de valor, reputado por el mejor arquero que hubo entre los griegos y los bárbaros. A mitad de camino rogó á todos que se detuvieran. Mosolam preguntó la causa. El adivino le enseñó un pájaro y le dijo: «Si este se pára, debemos pararnos; si se marcha, debemos marchar; si vuelve, debemos volver.» El judío, sin decir nada, disparó una flecha y mató al pájaro. El adivino y algunos otros muy encolerizados, le dirigieron muchas imprecaciones. ¿Estais loco, le dijo Mosolam, para que creais así sacar partido de un miserable pájaro? ¿Y cómo no pre-

(1) Josef. Antig. l. XII, c. I.

(2) Josefo *Cont. Apion.* l. 2, c. II.

viendo lo que se relaciona con su propia vida, podía él predecirnos lo que respecta á nuestro viaje?»

Ciertamente que si hubiera podido conocer de antemano el porvenir, no hubiese ido á aquel lugar para dejarse dar muerte por la flecha del judío Mosolam (1).

Se ve, pues, que dispersándose los hijos de Jacob entre los gentiles, la Providencia daba á estos una lección saludable para que olvidaran sus vanas supersticiones y volvieran al Eterno. Algo de inesperado vino á facilitar esta reminiscencia entre el pueblo más grave y más sábio de la Grecia. El gran sacerdote Jaddo, que recibió á Alejandro en Jerusalem, había ya muerto; su hijo Onias, primero de su nombre, le había sucedido. Un rey de Esparta envió al nuevo pontífice un embajador con la siguiente carta: «Areo, rey de Esparta, al gran sacerdote Onias, salud. Hemos hallado aquí un escrito relativo á los espartanos y judíos, y demuestra que son hermanos y todos de la raza de Abraham. Ahora, pues, que conocemos estas cosas, hareis muy bien en escribimos, diciéndonos si todo está en paz entre vosotros.» Y hé ahora lo que por nuestra parte os decimos: «Nuestros rebaños y nuestras posesiones están á vuestra disposición, y las que á vosotros pertenecen, están á la nuestra. Esto es lo que hemos ordenado se os participe de nuestra parte» (2). Onias recibió con distinción al embajador y su carta. La alianza y amistad fueron desde luego reconocidas de una y otra parte. En Jerusalem se pedia públicamente por los espartanos. El gran sacerdote Jonatás renovó esta alianza mucho tiempo despues, segun su expresion. Esto demuestra que Josefo se engaña, cuando dice que la carta del rey Areo fué dirigida á Onias III; porque este último no precedió á Jonatás más que en unos doce años. Todo hace creer que fué á Onias I, porque había en su tiempo (de 323 á 300 antes de Jesucristo) entre los reyes de Esparta un Areo ó Areo I. Verdad es que el gran sacerdote Onias II y el rey de Esparta Areo ó Areo II vivieron por el mismo tiempo; pero segun los cálculos de la cronología, el rey murió siete años antes de que el pontífice ocupara su cargo. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que había alianza y amistad entre los judíos y lacedemonios, y que estos, y con ellos los demás griegos, podrían aprovecharse de ella para conocer al verdadero Dios y su culto.

Hácia este tiempo, Megastenes escribía su historia de las Indias. Había acompañado á Seleuco Nicator en sus famosas expediciones, y le había servido de embajador cerca del rey de la India Sandrocoato. Sensible es que su historia no haya llegado á nuestros tiempos. Lo que Estrabon cita sobre Nabucodonosor concuerda maravillosamente con la Escritura. Hablaba muy bien de los judíos; decia en su tercer libro: «Todo lo que los antiguos han dicho sobre la naturaleza, se ha dicho también por aquellos que se ocupan de filosofía fuera de la

(1) Josefo, *Cont. Apion.* l. 1, c. VIII.

(2) Macab., c. XII.



»Grecia como por los brahmanes de la India y »por los de Siria, á quienes se conoce con el »nombre de judíos» (1).

Al primer Onias sucedió su hijo Simon el Justo. Hay quienes piensan que dió la última mano al canon ó catálogo auténtico de los libros sagrados, compuesto, segun se cree, por Esdras. Pero á decir verdad, no hay nada absolutamente cierto sobre esto. Lo que no ofrece duda es que la regla para distinguir los libros divinos, era la tradición de la sinagoga ó iglesia judaica.

Una nueva fuente de erudicion se ofrece por este tiempo á los gentiles: la version de la Escritura del hebreo al griego, conocida con el nombre de version de los Setenta. Tuvo lugar bajo el pontificado de Eleazar, sucesor y hermano de Simon el Justo. Entre los antiguos que se ocupan de ella, unos la colocan bajo Ptolomeo Soter, otros bajo su hijo Ptolomeo Filadelfo. Pero estas dos relaciones pueden muy bien concordar. Como Ptolomeo Filadelfo reinó dos años en vida de su padre, que abdicó en su favor, esta version se haria en tiempo de los dos. Demetrio Falereo fué el que la promovió.

En efecto, gozaba de gran prestigio; pero despues de la muerte del primer Ptolomeo fué, segun se cree, relegado á una especie de destierro. Consultado por el padre sobre la eleccion de un sucesor, le había aconsejado eligiera á su hijo mayor Ptolomeo Cerauno, más bien que al segundo hijo Ptolomeo Filadelfo. Todo conduce á creer que la célebre version tuvo lugar en vida de su padre, y bajo el reinado del hijo.

Al deseo de enriquecer su biblioteca con una literatura extranjera y antigua, se unia entonces un grande interés político. Ptolomeo Cerauno, irritado al verse privado de la sucesion, había ido á solicitar los socorros de Lisimaco, rey de la Tracia, y de Seleuco, rey de la Siria, para hacer valer los derechos que la primogenitura podía darle al trono. Importaba mucho á Filadelfo asegurar la fidelidad de los judíos que ocupaban el camino de la Siria y del Asia Menor en Egipto, y podian así á su voluntad, ó facilitar, ó desconcertar los proyectos de su hermano. Esta breve coyuntura hace muy natural, al ménos en el fondo, lo que cuentan Aristeo, Aristóbulo, Josefo y Filon. Ptolomeo rescató desde luego á todos los judíos que estaban aún cautivos en Egipto y en la Libia, á causa de las guerras precedentes, en las que los soldados les habían vendido como esclavos. Despues mandó tres embajadores al gran sacerdote Eleazar, con magníficos presentes para el templo, y le pidió un ejemplar auténtico de la ley de los judíos con setenta y dos intérpretes para traducirla al griego. Eleazar envió un ejemplar escrito en letras de oro con los setenta y dos intérpretes, seis de cada tribu. Los intérpretes, acogidos favorablemente por Ptolomeo, fueron hospedados lejos del ruido en la isla de Faros, frente á Alejandría, y allí tradujeron al griego, segun unos, solamente los cinco libros de Moisés, segun otros,

(1) Clement Alexandrino, *Strom.* l. 1., p. 305.

todo el Antiguo Testamento. Cuando terminaron su trabajo, Ptolomeo les recompensó con una magnificencia verdaderamente real.

En el rescate de los cautivos, en presentes para el templo, y en recompensas á los intérpretes gastó cerca de dos millones y medio de pesetas. Suma excesiva, ciertamente, si se tratara sólo de la traduccion de un libro; pero muy concebible cuando se reflexiona que la gastaba para afirmarse en el trono contra un poderoso competidor. Los judíos de Alejandro establecieron una fiesta en memoria de esta version, fiesta que se celebraba todavía en tiempo de Filon, que la presencié al principio de la era cristiana. También añadieron á las antiguas relaciones circunstancias más ó ménos maravillosas, que han arrojado la incertidumbre sobre muchos detalles. Más tarde otros judíos han hecho de este día un día de duelo, cuando vieron los argumentos que contra ellos sacaban de esta version los cristianos. En efecto, la version griega de los setenta fué muy estimada entre los judíos, y despues entre los cristianos. Despues de hecha esta version es cuando el Antiguo Testamento se ve generalmente citado por los Apóstoles y por los primeros Padres de la Iglesia, y ella es la única que está en uso entre los griegos.

Ptolomeo Filadelfo, el rey más espléndido de su tiempo, fundó ó reedificó un gran número de ciudades. Entre otras, reedificó al oriente de la Palestina la ciudad de Rabba, llamada en la Escritura Rabba de los hijos de Ammon, y Rabba Hamana por Polibio, cuyos dos distintos nombres forman el de Rabath-Ammon. Ptolomeo la dió el nombre de Filadelfia. Reedificó también otra á la orilla del mar, y la dió el nombre de Ptolemaida. Desde el tiempo de Josué era ya conocida con el nombre de Acon, y hoy se llama Acre entre los turcos. En ella fué donde bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo, de 234 á 246 antes de Jesucristo, el sacerdote egipcio Maneton escribió su historia de Egipto, de la que nos han conservado algunos fragmentos Josefo y Eusebio.

Evergetes sucedió á su padre Filadelfo, y reinó desde el 246 al 221. Para vengar la muerte de su hermana Berenice, declaró la guerra á Antioco Theos; conquistó la Siria, Babilonia, Susiana, la Persia, y avanzó también hasta la Bactriana, sometiendo á los pueblos y á sus jefes, é imponiéndoles tributos. A su vuelta, dice el historiador Josefo, no dió gracias por sus victorias á los dioses de Egipto, sino que fué á Jerusalem á ofrecer á Dios un gran número de víctimas en la forma que nosotros tenemos por costumbre, é hizo ricos presentes al templo (1). Onias II, hijo de Simon el Justo, era entonces el gran sacerdote. Durante su menor edad había sido sustituido sucesivamente por Eleazar, su tío paterno, y por Manasés, su otro tío, hijo de Jaddo. En su vejez se negó á pagar al rey de Egipto los acostumbrados tributos, cuya negativa habría traído malas consecuencias para él y para todo su pueblo, á no ser porque uno de sus sobrinos llamado José, yendo á la corte del rey de

(1) Josefo, *Contra Ap.* l. 2, c. II.